

VII.

La locura del rey.

El duque de Bretaña conoció bien el peligro á que se exponía dando asilo y protección á messire Pedro de Craón. En efecto, tres semanas después del acontecimiento que acabamos de referir, un correo con las armas del rey se detuvo á la puerta del castillo de Hermine, preguntó por el duque de parte de su real amo, y le entregó una carta sellada con las armas de Francia.

Aquella carta era la de un soberano á un vasallo : el rey Carlos reclamaba en nombre de la justicia de París á messire Pedro de Craón, como traidor y asesino, y amenazaba, en caso de negarse á ello, al duque de Bretaña con que iría él mismo á buscar á viva fuerza al culpable.

El duque recibió noblemente al correo real, se quitó una magnífica cadena de oro que brillaba en

su pecho, se la puso al cuello, y mandó á sus criados que le festejasen mientras que él contestaba al rey. Al día siguiente le dió la contestación al correo con nuevas pruebas de liberalidad.

El duque aseguraba al rey que se engañaron cuando le dijeron que messire Pedro de Craón estaba en Bretaña, que ignoraba el retiro de aquel caballero y los motivos que tenía para odiar al condestable, y que por consiguiente suplicaba á S. A. se sirviese admitir sus excusas.

El rey recibió la carta en el seno de su consejo, la leyó repetidas veces y con semblante sombrío, y arrugándola después entre sus manos, exclamó riendo amargamente :

— ¡ Sabéis, señores, lo que me dice mi primo de Bretaña ? Me asegura por su honor, que ignora dónde se halla el traidor y asesino Craón. ¡ No os parece, añadió, que su honor corre mucho peligro ? Manifestadme vuestra opinión.

— Primo, replicó el duque de Berry levantándose, creo que el duque de Bretaña dice lo que debe decir ; y una vez que messire de Craón no está á su lado, no puede responder de él.

— Y vos, hermano, ¿ qué pensáis ?

— Con vuestro permiso, señor, pienso que el duque de Bretaña ha dicho eso con el objeto de

dar tiempo al asesino para que se refugie en Inglaterra y...

El rey le interrumpió.

— Y tenéis razón, Turena: en cuanto á vos, tío, sé que el condestable no es amigo vuestro, y he oído decir, aunque nunca os hablé de ello, que el día mismo que que se cometió el asesinato recibisteis un eriado de messire de Craón, el cual os reveló todo el complot; y que, bajo pretexto de no haber dado crédito á sus palabras y para no turbar la fiesta, nadá dijisteis: lo sé, tío, y por buen conducto; sin embargo, os queda un medio de probarme que me equivoco ó que estoy mal informado, y es el de acompañarme á Bretaña, á donde voy á hacer la guerra. Ese duque, que no es inglés, ni francés, ni perro, ni lobo, me incomoda, porque no se sabe si ladra ó aulla: la Bretaña no puede olvidar que ha sido reino, y se le hace muy duro ser provincia; pero si es preciso, descargaré tan fuertes y tan repetidos golpes sobre su corona ducal, que arrancaré de ella las hojas de pámpano y las daré en baronía á uno de mis servidores, como doy á mi hermano en este momento el ducado de Orleans en lugar del de Turena.

El duque se inclinó.

— Sí, sí, hermano mío, continuó el rey, y os

le doy tal como le poseyó Felipe, con todas sus rentas y dependencias; y en lo sucesivo no os llamaré Turena, porque este ducado se incorpora desde hoy á la corona, y si Orleans, porque desde hoy os pertenece este ducado. Ya oísteis, tío, marcharemos todos y vos nos acompañaréis.

— Señor, respondió el duque de Berry, siempre será para mí un honor acompañaros adonde vayáis; pero creo que sería conveniente llevar en nuestra compañía á nuestro hermano de Borgoña.

— Bien, dijo el rey, se lo suplicaremos; si esto no basta, se lo mandaremos; y si no es tampoco suficiente, iré yo mismo á buscarle. Si queréis mi palabra de que no haremos el viaje sin él, os la doy también. Cuando se insulta á un rey de Francia, se insulta á toda la nobleza, y no hay escudo puro mientras que el escudo real esté manchado. Preparad vuestras armaduras, tío, porque dentro de ocho días emprenderemos la marcha.

El rey levantó la sesión, pero fué para encerrarse con sus secretarios. El mismo día veinte caballeros de nombradía, á cuyo frente figuraba el duque de Borgoña, recibieron orden de pasar á París con toda la gente que pudieran reunir. Aquella orden fué ejecutada inmediatamente, por-

que todos los verdaderos franceses aborrecían al duque de Bretaña: decíase hacía mucho tiempo que el rey hubiera tomado el partido de marchar contra él, á no habérselo impedido el conde de Flandes y la duquesa de Borgoña; que era inglés en el alma, y que el odio que profesaba á Clissón provenía de que éste se había hecho francés. Pero las últimas órdenes dadas eran tan terminantes y tan severas, que se esperaba que el rey llevaría á efecto su proyecto si no mediaba alguna traición; porque se tenía el convencimiento de que muchos de los que debían marchar con el rey obedecerían de mala gana, y se nombraba con mucho misterio á los duques de Berry y de Borgoña.

Efectivamente, este último se hacía aguardar y decía que aquel viaje vejaría mucho sus provincias; que aquella guerra era injusta y que acabaría mal; que á algunas personas nada interesaban las desavenencias del condestable y de messire Pedro de Craón; que no era puesto en razón obligarles á tomar las armas por ellos, y que bien pudiera arreglarse sin gravar á las infelices provincias. De este parecer era el duque de Berry; pero el rey, el duque de Orleans y todo el consejo opinaban lo contrario, y los dos duques no tuvieron otro recurso que el de resignarse á obedecer.

Luego que el condestable pudo montar á caballo, el rey dió la orden de salir de París; despidióse de la reina, de madama Valentina y de todas las damas que vivían en el palacio de San Pablo, y fué á cenar con los duques de Orleans y de Borbón, el conde de Namur y el señor de Coucy, en casa de sire de Montaigne, donde hizo noche.

Al día siguiente salió con grande aparato de guerra, pero se detuvo en Saint-Germain-en-Laye con objeto de aguardar á los duques de Berry y de Borgoña; viendo que no venían les envió tales órdenes, que hubieran incurrido en el delito de rebelión si no las hubiesen obedecido, y siguió su marcha, á pesar de que los médicos le aconsejaban lo contrario, diciéndole que estaba muy débil; pero le empujaba una voluntad tan fuerte, que contestaba á todas sus observaciones, que no comprendía lo que decían porque nunca había estado tan bueno.

Marchó, pues, pasó el Sena, tomó el camino de Chartres y se detuvo en Anneau, hermoso y fuerte castillo de sire de La Rivière, quien recibió al rey con respeto y magnificencia. Carlos se detuvo en él tres días: el cuarto por la mañana emprendió otra vez el camino de Chartres y se

hospedó en el palacio episcopal con los duques de Borbón y de Orleans.

Al cabo de dos días, el rey vió llegar al duque de Berry y al conde de La Marche. Les preguntó si sabían dónde se hallaba el duque de Borgoña, y le contestaron que no tardaría en llegar. En efecto, el cuarto día dijeron al rey que entraba en la ciudad.

Carlos permaneció siete días en Chartres, al cabo de los cuales marchó á Mans. En el camino se le reunían hombres de armas que llegaban de Artois, de Picardía, de Vermandois, y en fin, de todas las provincias de la Francia, todos ellos muy irritados contra el duque de Borgoña que tantas extorsiones les causaba: el rey tenía buen cuidado de alimentar aquella cólera, y la aumentaba con la suya.

Sin embargo, había calculado mal sus fuerzas: el estado de irritación continua en que le tenían los inconvenientes suscitados á cada momento por sus tíos para estorbar el viaje, abrasaba su sangre en términos, que al llegar á Mans se apoderó de él una fiebre ardiente impidiéndole montar á caballo: vióse en la necesidad de detener su marcha, á pesar, decía, que el descanso le hacía más daño que la fatiga; pero sus médicos, sus

tíos, y hasta el mismo duque de Orleans, fueron de opinión de permanecer dos ó tres semanas donde se hallaban.

Aprovecháronse de aquella detención para inclinar el ánimo del rey á que enviase otro mensaje al duque de Bretaña, para cuyo efecto fueron nombrados messire Regnault de Boye, sire de Garenriers, sire de Chatel-Morant y messire Taupin de Cantomelle, castellano de Gisors; pero el rey quiso que la embajada tuviese un carácter que no pudiera desconocer aquel á quien iba dirigida.

Los cuatro comisionados marcharon, pues, de Mans, y acompañados de cuarenta lanzas, atravesaron la ciudad de Angeres tocando marcha y con banderas desplegadas. Dos días después llegaron á Nantes, donde encontraron al duque.

Expusieronle la petición del rey, reducida á que le entregase á messire de Craón; pero el duque, como la primera vez, después de haber regalado á los embajadores, les contestó que le era imposible entregarles el hombre que reclamaban, en atención á que no sabía su paradero; que si había oído contar por espacio de un año que messire de Craón odiaba al condestable con todo su corazón, y que le había jurado guerra á muerte; que aquel caballero le había dicho que donde encontrara á

Clissón, ora fuese de día, ora de noche, le mataría; pero que nada más sabía, y que extrañaba que el rey fuese contra él por una cosa que tan poco le interesaba.

Muy enfermo estaba Carlos cuando le llevaron esta contestación; pero no fué este un obstáculo para que diera la orden de seguir la marcha, y llamó á sus escuderos para que le armasen. En el momento en que se levantaba de la cama, un enviado llegó de España, fué introducido en su habitación, y le entregó una carta que llevaba el siguiente sobre: *Á nuestro muy temido señor el rey de Francia.*

Aquella carta era de la reina de Aragón. En ella manifestaba al rey que deseosa de complacerle en todo y enterada del asunto que en aquel momento le ocupaba, había mandado detener y prender en Barcelona á un caballero desconocido que había fletado á precio de oro un buque para pasar á Nápoles; y sospechando fuese messire de Craón, se lo comunicaba para que enviase inmediatamente hombres que le reconociesen y se le llevasen, caso de que no se hubiese engañado, y concluía diciendo tendría mucho placer en que aquellas noticias fuesen agradables á su primo y señor.

Cuando llegó aquella carta, los duques de

Borgoña y de Berry exclamaron que la campaña había terminado ya y que se debía licenciar á todos los guerreros que se habían reunido, puesto que el hombre á quien se buscaba había sido sin duda alguna detenido. El rey no atendió á aquellas razones, y solo se pudo conseguir de él que enviase á un caballero á Barcelona para asegurarse de la verdad. Al cabo de tres semanas regresó el mensajero y anunció que el detenido no era messire Pedro de Craón.

Encolerizóse el rey contra sus tíos, por que conoció que ellos ocasionaban todos aquellos retardos, y resolvió no escuchar más que su deseo. Llamó á su cámara á los mariscales, porque padecía tanto, que no salía de ella, y mandóles que todas sus gentes y equipajes marchasen á Angeres, pues que no quería volver atrás hasta después de haber depuesto al duque y nombrado un ayo á sus hijos.

El día siguiente entre nueve y diez de la mañana, después de haber oído misa y desmayádose en ella, montó el rey á caballo; estaba tan débil, que el duque de Orleans tuvo que ayudarle á colocarse en la silla. El duque de Borgoña se encogió de hombros al ver tal porfía, diciendo que era provocar á Dios con seguir adelante, cuando bajaban del

cielo semejantes avisos. El duque de Berry se le acercó y le dijo en voz baja :

— Tranquilizaos, hermano, todo lo he previsto ; y si Dios nos ayuda, espero que esta noche iremos otra vez á dormir á la ciudad de Mans.

— No sé qué motivos tenéis para decir eso, replicó el duque de Borgoña ; pero sea el que fuere el medio que empleemos para interrumpir el viaje, este medio será bueno.

El rey se puso en marcha y todos le siguieron. Una legua habrían andado cuando entraron en un inmenso y sombrío bosque contemporáneo de los druidas. Carlos iba triste y melancólico ; había soltado las riendas de su caballo y apenas contestaba á los que le dirigían la palabra. Dejaronle que marchase solo delante, como al parecer lo deseaba. En esta disposición había marchado en silencio, hablando bajo, por espacio de hora y media, cuando un anciano vestido con una sábana blanca se lanzó de repente de entre dos árboles, donde estaba oculto, agarró la brida del caballo del rey y deteniéndole :

— ¡ Oh rey ! ¡ rey ! exclamó : no sigas adelante, vuelve atrás, porque vas vendido.

El rey se estremeció al ver aquella inesperada aparición ; extendió los brazos y quiso gritar, pero

su voz se heló : únicamente pudo indicar con gestos que apartasen de él aquel fantasma. En efecto, los guerreros se precipitaron sobre aquel hombre, y á fuerza de golpes le obligaron á soltar la brida ; pero el duque de Berry corrió á su socorro y le arrancó de sus manos, diciendo que no era justo apalearlo á un loco, pues aquel hombre no podía ser otra cosa, y que le dejasen marchar. Aunque hubiera sido muy oportuno no escuchar semejante consejo, y muy acertado detener á aquel desconocido é interrogarle acerca de sus intenciones, estaban todos tan turbados, que dejaron decir y obrar como quiso al duque de Berry ; mientras estaban ocupados en socorrer al rey, el hombre que había causado todo aquel trastorno desapareció, y después nadie supo de él, ó no le conocieron si le encontraron.

Á pesar de este incidente, que por el momento hizo concebir grandes esperanzas á los duques de Berry y de Borgoña, el rey no se detuvo y no tardó en llegar al fin del bosque. Apenas salieron de él cuando substituyó á la sombra una luz ardiente : el sol, que estaba á la mitad de su carrera, abrasaba toda la atmósfera : era por el mes de Julio, y no había hecho aun tanto calor como en aquel día se sentía. En lontananza solo se divisaban arenales

que ondulaban como olas y que reflejaban la luz : los caballos más briosos bajaban la cabeza tristemente : los hombres más robustos desfallecían y jadeaban. El rey, por quien se temía la brisa de la mañana, iba vestido de terciopelo y llevaba en la cabeza una caperuza de grana, en cuyos pliegues se entrelazaba un collar de gruesas perlas que la reina le regaló al tiempo de partir. Iba solo á fin de que el polvo no le incomodase ; únicamente marchaban á su lado dos pajes, uno detrás de otro : el primero llevaba en la cabeza un casco de Montauban, de fino y claro acero, que reflejaba los rayos del sol : el segundo tenía una lanza encarnada, cuyo extremo terminaba con una punta de acero, maravillosamente trabajada, y que salía de los talleres de Tolosa. Sire de La Rivière había comprado doce iguales, que dió al rey, y éste regaló tres al duque de Orleans y tres al de Borbón.

Sucedió que el segundo paje, cediendo al calor que le abrumaba, se quedó dormido, y durante su sueño se le escapó la lanza, cuyo hierro tropezó con el casco del paje primero y el choque del acero contra el cobre produjo un sonido claro y agudo. El rey se estremeció de repente, fijó en el suelo sus desencajados ojos, púsose horrosamente pálido, y

clavando las espuelas en el vientre de su caballo, desenvainó la espada y se precipitó sobre los dos pajes gritando :

— ¡ Adelante ! ¡ adelante contra esos traidores !

Asustados los pajes se separaron, huyendo cada cual por su lado. El rey continuó su carrera y se dirigió al duque de Orleans. Éste no sabía si aguardar ó huir de su hermano, cuando oyó la voz del duque de Borgoña que le decía :

— Huid, sobrino de Orleans, huid : el rey quiere mataros.

En efecto Carlos, corriendo sin cesar en pos de él, blandía la espada como un furioso, de modo que el duque solo tuvo tiempo de desviar un poco su caballo para que el rey pasara.

Éste siguió adelante ; pero encontrándose con un caballero de Guyenne llamado el bastardo de Polignac, le atravesó la garganta con su espada : la sangre saltó y el caballero cayó del caballo. La vista de aquella sangre, en vez de calmar al rey, aumentó más y más su frenesí ; echó á correr, derribando cuanto encontraba, no dando ningún descanso á su caballo, y gritando siempre :

¡ Adelante ! ¡ adelante contra esos traidores !

Los escuderos y caballeros, que estaban cubiertos

con sus armaduras, formaron un círculo á su alrededor, y recibían los golpes sin contestar á ellos, hasta que vieron que las fuerzas le abandonaban: un caballero de Normandía, llamado messire Guillermo Marcel, le agarró entonces por detrás y le sujetó. El rey tiró algunas cuchilladas, hasta que la espada se le cayó de las manos y se abandonó en los brazos de Marcel.

Cuando le bajaron de su caballo un copioso sudor inundaba su cuerpo y los miembros le temblaban. Sus tíos y hermano se acercaron á él, pero había perdido el conocimiento; y aunque tenía los ojos abiertos, era evidente que nada distinguía de cuanto á su alrededor pasaba.

La admiración de los caballeros era grande: ninguno sabía qué pensar ni qué hacer. El duque de Berry le apretó la mano y le habló con amistad; pero el rey no respondió ni por señas ni con palabras. El duque de Berry se encogió de hombros y dijo:

— Señores, es preciso regresar á Mans: el viaje se ha concluído por ahora.

Ataron al rey temiendo que el furor se apoderase otra vez de él, le acostaron en una litera y regresaron tristemente á la ciudad, donde, como lo había

predicho el duque de Berry, entraron aquella misma noche.

Llamóse inmediatamente á los médicos, porque unos decían que el rey había sido envenenado antes de salir de Mans, y otros buscaban una causa sobrenatural á la enfermedad, creyendo que le habían hechizado.

Como en ambos casos recaían las sospechas en los príncipes, exigieron que los facultativos practicasen un reconocimiento severo. Se informaron de los que le habían servido á la mesa, de si había comido mucho ó poco, y contestaron que apenas había probado uno ó dos platos y que no hacía más que pensar y suspirar, apretándose de vez en cuando la frente con las manos, como si tuviera dolor de cabeza. Llamóse á Roberto de Teukes, copero mayor de S. A.; y preguntándole quién fué el último que sirvió de beber al rey, respondió que Hilarión de Lignac. Mandósele á buscar en seguida, se le preguntó de donde había tomado el vino que el rey bebió antes de marchar, y contestó que no lo sabía; y dirigiéndose al mismo tiempo á un armario, tomó la botella á medio vacía, echó de aquel mismo vino en un vaso y le bebió.

Un médico salió en aquel momento de la cámara

del rey, y oyendo la discusión se dirigió á los príncipes y les dijo :

— Señores, trabajáis y disputáis en vano : el rey no está envenenado ni hechizado, el rey está loco.

Los duques de Borgoña y de Berry se miraron ; estando loco el rey, la regencia del reino pertenecía de derecho á ellos ó al duque de Orleans. Éste era muy joven para que el consejo le confiase tan importante negocio.

El duque de Borgoña rompió el silencio, y dirigiéndose á los otros dos duques :

— Hermano y primero, les dijo, creo conveniente que cuanto antes regresemos á París, porque el rey estará allí mejor tratado y mejor cuidado de aquí, y además decidirá el consejo en qué manos debe recaer la regencia.

— Soy de vuestro parecer, respondió el duque de Berry, pero ¿ adónde le llevaremos ?

— Á París, no, dijo vivamente el duque de Orleans : la reina está en cinta, y semejante espectáculo podría costarle caro.

Los duques de Borgoña y de Berry se sonrieron.

— No nos queda más remedio, replicó el último, que conducirle al castillo de Creil : el aire que allí

se respira es puro, el cielo hermoso y el río lame sus murallas. Muy justo es lo que dice nuestro primo de Orleans, en cuanto á la reina ; y si quiere marchar antes que nosotros á fin de prepararle para recibir esta noticia, nos quedaremos uno ó dos días al lado del rey, cuidaremos de que no le falte nada, y luego iremos á París á reunirnos con él.

— Me parece muy acertado, respondió el duque de Orleans.

Y salió á dar las órdenes oportunas para el viaje.

Los duques de Berry y de Borgoña quedaron solos, y se dirigieron al derrame de una ventana para hablar con más tranquilidad.

— ¿ Qué opináis, hermano, de lo que pasa ? dijo el de Borgoña.

— Lo que siempre, que el rey se guiaba por consejeros sin experiencia, y que esta guerra de Bretaña acabaría mal, pero no han querido creernos y la porfía y el capricho han triunfado de la razón en la marcha de los negocios del Estado.

— Será preciso remediar estos males, y cuanto antes. No hay duda que se nos confiará la regencia del reino ; nuestro sobrino de Orleans está demasiado ocupado para desear este cargo, y por

consiguiente, acordaos de lo que os dije euando el rey nos despidió en Mompeller; somos los dos grandes más poderosos del reino, y mientras estemos unidos nadie podrá con nosotros. En fin, llegó el momento de triunfar de todos los demás.

— Mientras que no se perjudiquen los intereses de la nación, está en los nuestros separar de los negocios á los que pueden oponérsenos, porque combatirían todos nuestros proyectos y entorpecerían todas nuestras decisiones. Por un lado tirarían ellos del reino y nosotros le sujetaríamos por el otro: el reino padecería mucho, y para que esto no suceda, es indispensable que haya unión entre la cabeza y el brazo. El condestable obedecería difícilmente las órdenes que le comunicásemos, y esta desunión, en caso de guerra, podría producir males de consideración á la Francia. La mano derecha del gobierno debe empuñar la espada del condestable.

— Tenéis razón; pero hay algunos además que son tan perjudiciales en tiempo de paz, como lo serían otros en tiempo de guerra; hablo de La Rivière, de Montaigne, Lebeque de Villaine y de algunos más.

— Sí, será preciso separar á esos hombres, que han hecho cometer tantas faltas al rey.

— Pero el duque de Orleans los protegerá.

— Bien habréis notado, dijo el duque de Berry mirando á su alrededor y bajando la voz, que nuestro sobrino está perdido de amores; mientras que le dejemos en libertad, podéis estar persuadido de que nos dejará obrar sin obstáculo de ningún género.

— ¡ Silencio ! aquí viene.

Efectivamente, el duque de Orleans, deseando regresar á París cuanto antes, como habían pensado sus tíos, iba á despedirse de ellos. Pasó á la cámara del rey con los duques de Berry y de Borgoña, preguntaron á sus chambelanes si S. M. había dormido, y les contestaron que no podía descansar un momento. El duque de Borgoña meneó la cabeza.

— Tristes noticias son, dijo volviéndose al duque de Orleans.

— Dios guardará á S. M., contestó éste.

Acercóse á la cama del rey y le preguntó cómo estaba. El enfermo no le contestó. Todo su cuerpo temblaba, tenía erizados los cabellos, sus ojos estaban fijos, y un sudor frío bañaba su frente; de cuando en cuando se incorporaba en la cama y gritaba: ¡ Mueran, mueran los traidores ! y en

seguida caía sin fuerza, hasta que un nuevo acceso de fiebre le daba alguna energía.

— Nada tenemos que hacer aquí, dijo el duque de Borgoña, y le incomodamos con nuestra presencia. Más necesidad tiene en este momento de sus médicos y doctores que de sus tíos y hermano. Por consiguiente, seguid mi consejo; salgámonos.

El duque de Orleans, habiéndose quedado solo, cogió al rey entre sus brazos y le miró tristemente: las lágrimas se asomaron á sus ojos y corrieron silenciosamente por sus mejillas, y era muy justo, porque el pobre insensato que en aquella cama gemía le había amado extraordinariamente, y tal vez tenía que arrepentirse de haber correspondido á aquella amistad santa con traición é ingratitud; sin duda que en el acto de dejarle en aquel estado, para engañarle quizás otra vez, había examinado su alma y reconocido con pesar, que pasado el primer momento, no le había entristecido tanto como debía la desgracia de su hermano querido.

Esta causa provenía de que buscamos siempre la desgracia de los demás si se presenta ventajosa á nuestros intereses; y si las penas y las lágrimas de otro no nos abren algún manantial de tranquilidad ó de placeres, entonces se embota la sensibilidad, se empedernea el corazón, se levanta el velo que

cubría nuestros ojos, y el porvenir que se creía triste para siempre resplandece en una de sus mil fases: el buen principio y el malo luchan todavía algún tiempo, y con frecuencia, como somos tan miserables, triunfa Arimano; y si alguna vez, con los ojos hundidos y alegre el alma, quisiéramos que no hubiera sucedido la desgracia de la vispera, consiste en que el egoísmo es el médico del corazón.

Entretanto, los tíos del rey daban órdenes á todos los mariscales, á fin de que los señores y sus caballeros regresasen á sus provincias sin causar vejámenes ni violencias en el país, diciendo que donde quiera que se cometiesen, serían los responsables de los delitos de su gente.

Dos días después de la partida del duque de Orleans se puso al rey en camino, llevado en una cómoda litera y marchando á cortas jornadas. La nueva de su desgracia se había esparcido con maravillosa rapidez: las malas noticias tienen alas de águila. Cada cual hablaba de distinto modo, y según su opinión atribuía aquel suceso á causas muy diferentes: los señores veían en él un maleficio diabólico, los sacerdotes un castigo divino, los partidarios del Papa de Roma decían que el cielo estaba irritado contra el rey por haber reconocido

al Papa Clemente, y los secuaces del Papa Clemente pretendían que Dios le hería con aquella vara porque no había destruido el cisma, declarando la guerra á Italia, como lo había prometido. El pueblo estaba muy triste, porque había fundado sus esperanzas en la bondad y en la justicia del rey. Así es que llenaba las iglesias, porque en todas las que se adoraba algún santo que tenía fama de curar el frenesí, se hacían rogativas, y se envió á San Aguario, el más acreditado en este género de especialidad, una imagen del rey, de tamaño natural modelada en cera, y un magnífico cirio, á fin de que intercediese con Dios para que curase al rey; pero todo fué inútil, porque S. M. llegó al castillo de Creil sin que se notase en él mejoría alguna.

Sin embargo, no se descuidó ningún medio humano: Coucy había hablado de un médico muy célebre llamado maese Guillermo de Hersilly; se le fué á buscar á una aldea de las inmediaciones de Laón, donde vivía, y encargóse de la soberana administración de la enfermedad del rey, que según manifestó, conocía perfectamente.

La regencia, como se ha podido ya prever, pasó á manos de los tíos del rey: el consejo, después de quince días de deliberación, declaró

que el duque de Orleans era demasiado joven para encargarse de una comisión tan delicada, y en su consecuencia se confió á los duques de Berry y de Borgoña.

El día después de su nombramiento, el sire de Clissón se presentó con sus gentes en casa del duque de Borgoña, cumpliendo con los deberes de condestable. El conserje les abrió la puerta como era costumbre; apeáronse de sus caballos, y Clissón, seguido tan solo de un escudero, subió las escaleras de palacio. Al llegar á la primera sala, encontró á dos caballeros del duque y les preguntó donde estaba su señor y si podría verle; uno de ellos salió en busca del duque, que hablaba con un heraldo de una fiesta que acababa de verificarse en Alemania.

— Monseñor, dijo el caballero interrumpiendo al duque, messire Oliverio de Clissón viene á hablar á V. S., si para ello os dignáis darle permiso.

— Que entre al momento, porque llega en ocasión muy oportuna.

El caballero salió en busca del condestable, dejando abiertas todas las puertas y haciéndole seña de que podía pasar.

El condestable entró y el duque al divisarle mudó

de color: Clissón no lo notó, al parecer, descubrióse, é inclinándose:

— Monseñor, dijo, he venido para recibir vuestros órdenes y deseoso de saber cuál será la suerte del reino.

— ¿Cuál será la suerte del reino, Clissón? respondió el duque con voz alterada; esto solo á mí interesa. En cuanto á mis órdenes, voy á dároslos: al instante saldréis de mi presencia, dentro de cinco minutos de mi palacio y dentro de una hora de París.

Clissón se puso pálido á su vez. El duque era regente del reino y se le debía obedecer. Pensativo y cabizbajo salió de la cámara, atravesó los salones y montó á caballo; y entrando en seguida en su casa, mandó que inmediatamente se dispusiera su viaje.

El mismo día, acompañado tan solo de dos hombres, salió de París, pasó el Sena por Charentón, y no se detuvo hasta llegar á su castillo de Montbery.

El plan que el duque de Borgoña siguió con respecto á Clissón se extendió á todos los favoritos del rey. Luego que Montaigne supo lo que había sucedido al condestable, salió secretamente de París por la puerta de San Antonio, tomó el camino de

Troies, capital de la Champaña, y se refugió en Aviñón.

Messire Juan Lemercier quiso hacer otro tanto; pero menos feliz que él, encontró su casa rodeada de soldados y fué conducido al castillo del Louvre, donde le aguardaba Lebeque de Villaine.

En cuanto al sire de La Rivière, aunque fué avisado á tiempo, no quiso abandonar su castillo, diciendo que nada le remordía la conciencia, y que sería de él lo que Dios quisiera. Cuando le anunciaron que algunos hombres querían entrar en su casa á viva fuerza, mandó abrir todas las puertas y les salió al encuentro.

Verificóse entonces la reacción más completa; cuanto se había hecho contra el asesino de Craón, se hizo contra ellos que eran inocentes. Los bienes y herencia que Juan Lemercier poseía en París y en el reino, fueron confiscados y distribuidos; una casa que poseía en la diócesis de Craón, y que le había costado 100.000 libras con las mejoras que en ella hizo, se dió al sire de Coucy, como igualmente todas sus dependencias, rentas, tierras y posesiones.

Más severos fueron todavía con messire de La Rivière, porque se lo quitaron todo, lo mismo que á messire Juan de Lemercier, dejando tan solo á su

mujer los bienes que había llevado en dote ; además tenía una hija joven y hermosa, que se había casado con el señor de Chatillón, cuyo padre fué después jefe de los ballesteros de Francia. Todo lo que tiene algún poder en los hombres había enlazado aquel matrimonio : todo lo que es santo delante de Dios le había consagrado. Rompióse aquella unión sin piedad y sin remordimiento, rompióse lo que solo el Papa podía desatar, y casóse de nuevo á los dos jóvenes con quien plugo al duque de Borgoña.

El rey no podía evitar todas estas persecuciones porque su estado empeoraba por momentos, y solo se tenía alguna esperanza en el efecto que produciría en él la presencia de la reina. Se creía que después de haber olvidado á todo el mundo se acordaría de ella, porque era á quien más había amado.

VIII.

La abadesa.

Como se ha visto en el capítulo precedente, la desgracia sucedida al rey había arrastrado en pos de sí una revolución total en los negocios del reino. Los que su razón protegió, su demencia perjudicó. El gobierno del estado pasó de sus débiles manos á las de los duques de Borgoña y de Berry, que sometiendo la política general á sus resentimientos personales, herían con la espada del odio y nunca con la de la justicia. El duque de Orleans era el único que hubiera podido balancear su influencia en el consejo ; pero entregado enteramente al amor, había abandonado fácilmente sus pretensiones á la regencia, y no se le había ocurrido luchar ni por él ni por sus amigos. Fiado en su título de hermano del rey, descansando en su poder ducal, poseedor